

CULTURA, UNIVERSIDAD Y EVANGELIZACIÓN

Mensaje del Padre General de la Compañía de Jesús, Peter Hans Kolvenbach S.J, en la inauguración de la Cátedra Fe y Cultura Eusebio Kino, S.J.

Sistema de Universidades Jesuitas de México

13 de abril de 2005

Rectores magníficos de las Universidades del Sistema Jesuita de Universidades,

Estimados profesores,

Queridos alumnos y colaboradores del Sistema Jesuita de Universidades,

Comunidades Universitarias en general.

I. INTRODUCCIÓN

En vísperas del tercer milenio un autor conocido, Samuel Huntington, caracterizaba nuestro mundo como “choque de civilizaciones” y consideraba que el factor decisivo en el seno de toda civilización es de naturaleza religiosa, pues la religión es la característica diferencial más honda entre los pueblos.

No pretendemos ahora discutir lo acertado o no de estas tesis. Pero sí es importante constatar el cambio de clima producido por la caída de las ideologías. Hoy se considera al elemento cultural y religioso como uno de los protagonistas de la historia del tercer milenio, cosa inconcebible apenas hace pocos años. Por esta razón el tema propuesto por Ustedes del diálogo fe-cultura tiene una gran actualidad.

Ante un tema tan amplio y complejo, en esta intervención solo quiero señalar a la Universidad dos metas en este diálogo fe-cultura, que constituye una de las tareas más actuales de la Compañía de Jesús. La primera se refiere a la transmisión de la fe a las nuevas generaciones. La segunda al discernimiento del “economicismo” reinante en nuestra cultura.

II. LA TRANSMISIÓN DE LA FE A LAS NUEVAS GENERACIONES.

El apóstol Pedro era un ferviente seguidor de Jesús, dispuesto a anunciar el Evangelio y a dar la vida por él. Su cultura era la de un judío religioso de su época. El Espíritu, como nos ilustran los capítulos 10 y 11 de los Hechos de los Apóstoles, tendrá una ardua tarea en él y en todos los judeocristianos: hacerles entender que la salvación de Jesucristo pertenece también a los no judíos. Hacerse cristiano no significa hacerse judío e incorporar todas las expresiones de la cultura judía.

¿Tenemos hoy situaciones análogas? Desde luego que sí; las hay en relación con las culturas de muchos pueblos de Asia, Oceanía y de África, para quienes la fe cristiana es algo extraño y tiene delante el reto de la inculturación en esas culturas. Pero va siendo también una realidad en las sociedades latinoamericanas, sobre todo en la juventud y en las universidades, en las que la antigua identificación de cultura popular y cultura católica está dejando de ser una realidad.

Como le sucedió al apóstol Pedro, nuestro primer impulso es transmitir el mensaje cristiano con todo lo que ha ido acumulando a lo largo de casi dos milenios en culturas rurales y economías de subsistencia. Pero no nos damos cuenta que hay cosas en sus contenidos filosófico-intelectuales, sus símbolos, sus ritos y prácticas, que ya no le dicen mucho a las nuevas generaciones e que incluso le dificultan llegar al mensaje del Evangelio transmitido por la Iglesia.

Si esto es verdad hoy en nuestras culturas tan cambiantes, lo es de manera más aguda y radical en la Universidad. El reto consiste en liberar el Evangelio de aquello cultural que para nosotros va unido estrechamente al buen sentido cristiano, pero que, sin pertenecer a lo esencial de la fe, puede ser obstáculo para los jóvenes con otra cultura. Esto nos exige vivir y reflexionar la fe con más hondura y trascendencia, para que con ella podamos discernir las culturas, incluso la que hemos heredado como propia.

Pero además hay otro elemento clave que hace el discernimiento más complejo y necesario. No existe la fe cristiana sin expresiones culturales. Por eso hay peligro de que al despojarla con cierto purismo de todo simbolismo heredado, de gestos, prácticas y tradiciones, no quede nada de vida, sino meramente una idea muerta. En este discernimiento se requiere también la sensibilidad para acertar con las nuevas (¡o antiguas!) y dicentes formas culturales que exige la fe hoy para expresarse.

En una universidad con carreras de teología y estudios religiosos no podemos solo preocuparnos de la promoción de la justicia que la fe exige. En nuestras sociedades se va cuestionando cada vez más la validez misma del mensaje de la fe cristiana y es misión de la Compañía esforzarse para que en la cultura de hoy siga manteniendo la credibilidad que le permita ser fermento en la sociedad.

Esta tarea no se puede llevar a cabo sin seria preparación y estudio, sin actividad formadora y de divulgación, no solo para ayudar en la actualización de su fe a las nuevas generaciones, sino para justificarla y hacerla creíble a los estratos cultos de la sociedad. En este momento que los estudios filosóficos y teológicos de la Compañía se trasladan a la Universidad esta tarea adquiere en México una particular importancia.

III. DISCERNIMIENTO DE LA CULTURA ECONOMICISTA.

Sabemos que la vida humana y la complejidad de las sociedades no se pueden reducir a una dimensión de ella, como es la económica. Pero en el mundo de hoy la economía va

hegemonizando todo, tanto el poder político como la cultura.

En las sociedades exitosas económicamente se produce una liberación del hombre de sus necesidades económicas primarias, pero al mismo tiempo se instaura una dura subordinación a una “cultura economicista” que condiciona los valores, la forma de pensar e incluso la religión, o su reclusión por el secularismo.

En sociedades duales como las latinoamericanas, se vive al mismo tiempo la búsqueda de la liberación de las necesidades económicas, y el avance de nuevas esclavitudes economicistas, que convierten en dioses ciertos “valores” económicos, y oscurecen elementos tan centrales a la fe como la gratuidad y la solidaridad. Todo esto dentro del escándalo de la abundancia y el despilfarro conviviendo en una misma sociedad con la miseria y la marginación humana.

Dejadas a su inercia, las universidades - incluso las nuestras - tienden a convertirse en seminarios y templos donde se cultivan y forman los jóvenes servidores y oficiantes de esta nueva religión secular sin trascendencia.

Es la razón por la que la Iglesia y la Compañía de Jesús asumen la misión universitaria con capacidad de formación para el discernimiento y la libertad de hijos de Dios. Para el discernimiento del designio de Dios que se traduce en acción escribió Ignacio la guía de los Ejercicios Espirituales, y para colaborar a hacerlo presente en la historia formó la Compañía de Jesús.

En el discernimiento de la cultura economicista no basta con rechazar maniqueamente esta economía, ponernos al margen de ella, y solamente denunciarla. La “opción por los pobres” no se puede interpretar como abandono de lo intelectual y de la formación de los profesionales que actúan decisivamente en la dinámica productiva, cultural y política. Pues si es verdad que esta dinámica produce pobres, también lo es que tiene la llave para contribuir a su liberación.

Este discernimiento debe conocer y desentrañar la cultura economicista dominante, y formar y producir universitariamente conocimiento, para desde dentro, discernirla, distinguir los elementos humanos de los elementos antihumanos en el uso actual de las posibilidades tecnológicas, económicas y organizativas de la sociedad. La meta es lograr sujetos sociales –competentes y compasivos al mismo tiempo- para impulsar los cambios hacia una sociedad cada vez más humana.

Esto sólo es posible si en nuestras universidades se combina la excelencia académica con la opción vivencial por los pobres y por la vida. Por ello es tan importante que todos los estudiantes, adecuadamente acompañados por los profesores, tengan oportunidades de experiencia social con los pobres. Esta experiencia debe ser reflexionada y producir nuevos conocimientos sobre el modo más humano de aplicación de la ciencia y de la tecnología. Como expresé en Santa Clara a todas las Universidades jesuitas de Estados Unidos: “lo que

los estudiantes necesitan ahora es un compromiso cercano con el pobre y el marginado, para aprender de la realidad y llegar a ser un día adultos en solidaridad”.

En resumen: el reto de las universidades de inspiración cristiana es la creación de una microcultura en la Universidad que a un número significativo de estudiantes, profesores y trabajadores, les permita “*sentir y gustar internamente*” valores que son escasos o ausentes en la cultura economicista dominante. Cultura universitaria en la que la máxima exigencia intelectual se combine con dimensiones esenciales de la persona humana: como la solidaridad, la honestidad, el diálogo, el sentido auténtico de la pareja humana y de la sexualidad, la expresión religiosa, la defensa y cuidado de la naturaleza. Así la espiritualidad ocupará el lugar que le corresponde en la persona humana y en la universidad, y la gente podrá aprender “virtud y letras”, conocer la verdad y a hacer el bien con la verdad conocida, al tiempo que se conoce la verdad que surge del bien realizado.

No es fácil lograr este “microclima” y se requiere un amplio movimiento entre profesores y alumnos en pro de esta microcultura universitaria. Esta tarea no puede ser dejada a la sola responsabilidad de los directores de pastoral, sino que deben asumirla como responsabilidad central las autoridades universitarias. Incluso esta tarea necesita un intercambio de experiencias y materiales entre las diversas universidades jesuitas y de inspiración cristiana.

En este nuevo clima sí se podrá apreciar hasta qué punto la cultura, para ser más humana, necesita ser discernida y evangelizada. Se podrá descubrir que una cierta religiosidad socialmente heredada necesita actualización para asumir nuevas formas de valorar la plena significación humana de Jesucristo hoy.

Animo al Sistema Jesuita de Universidades a embarcarse en esta tarea y poder así evangelizar la cultura y darle cuerpo cultural al Evangelio. Que la inauguración de esta cátedra en el “Programa de Fe y Cultura” sea un primer paso decidido en este caminar.